

nuevo Rey castellano, y que sólo Dios sabe lo que hubieran podido pesar en él; pero á cuya vuelta hubo de negarse enérgicamente la Santidad de Inocencio VI, por las necesidades, más altas que las de un gran Reino todo entero, de la Iglesia de Roma nada menos.

¡Cómo nos consuela y nos conforta, en medio de nuestras desdichas presentes, la consideración y el recuerdo de este gran papel de los españoles de antaño, llamados á cada paso á jugarlo tan importante en la escena del mundo! Si la Historia no hiciera más que esto, RECORDAR, cerrando así el paso á todo mortal desaliento, ¡qué gran servicio á los pueblos que quieren vivir, buscando en su pasado fuerzas y esperanzas que él solo, cuando es como el nuestro, puede darles! Yo quiero concluir, para no cansaros más, felicitando cordialmente por este su trabajo al Sr. D. Alfonso Jara, que llevado de la mano por el gran Cardenal Albornoz, puede decirse que ha encontrado ya definitivamente su camino literario, que no es el de los cuentos, ni el de la novela, ni el de la poesía, ni el de los relatos de viajes, aunque en todos estos campos fueran afortunados sus comienzos, sino el de los estudios históricos, de que *Albornoz en Castilla* es clara y evidente prueba. La Academia creo yo que habrá de felicitarse por ello, animando al autor con su altísima aprobación, para que siga, ya sin vacilaciones, por estos derroteros, con tamaña fortuna emprendidos.

29 Mayo 1914.

F. FERNÁNDEZ DE BÉTHENCOURT.

## VII

### OBRAS CANARIAS

de D. José Rodríguez Moure.

«EL POEMA DE ANTONIO DE VIANA.»

«LA SIERVA DE DIOS SOR MARÍA DE JESÚS». — «VIERA Y CLAVIJO».

Grandísima satisfacción hubo de proporcionarme el encargo de este informe, que nuestro ilustre Director me hiciera, y ello por varias razones. Por tratarse de celebrar y hacer justicia á

Correspondiente de esta Academia tan benemérito y laborioso como es el Sr. Moure; por ser este distinguido escritor canario como yo, y canarios los asuntos que han movido y mueven siempre su bien cortada pluma; y por hacer él en uno de sus trabajos el *Juicio crítico* del historiador de Canarias D. José de Viera y Clavijo, sujeto tan particularmente simpático á todo buen hijo del Archipiélago Afortunado, y muy en especial al que estas líneas escribe, que acaso aprendió en Viera, en las lecturas de la primera edad, el amor de la Historia. De aquí que empiece hoy dando al Sr. Director las gracias por esta comisión con que me favoreció, y que no me han dejado mil trabajos inaplazables cumplir antes, como al fin voy á hacerlo, si bien no con toda la amplitud y la extensión que hubiera, por lo expuesto, deseado, y que, sobre todo cuanto se relaciona con Viera, en perfecta justicia merece.

Comenzaré diciendo que D. José Rodríguez Moure es un sacerdote de mi tierra, hoy Beneficiado de la Catedral de Tenerife, demostración allá, como aquí vemos á cada momento en todas partes, de cuanto representa para la cultura nacional la humilde sotana, por la falsa ciencia tan caprichosamente denigrada y tenida en poco. Moure es, pues, un clérigo canario, como lo fué Viera y Clavijo, como lo había sido *el divino* Cayrasco, como lo fueron los dos Anchietas, y Fray Andrés de Abreu, y Ceverio de Vera, y Tapia, y Sosa, y D. Cristóbal Pérez del Cristo, y tantos y tantos otros. Los curas y los frailes fueron allá en las Islas. lo que en todas partes, aparte de teólogos y filósofos, investigadores, genealogistas, historiadores, literatos y poetas como los que lo fueran mejor. Rodríguez Moure es la continuación presente de esta noble tradición isleña, y tan profundo conocedor de todas las demás, como es en nuestro país notorio, y nos lo muestra, á mayor abundamiento, en breve prólogo de su *Juicio crítico* otro escritor canario, Catedrático de Literatura y altísimo poeta, Don Antonio Zerolo, cuando nos lo presenta; *siempre entre papeles viejos..., con el pensamiento en lo pasado y la pluma en las cuartillas..., ágil de espíritu y achacoso de cuerpo..., digno de figurar en la lista de los polígrafos españoles, muy cerca ó al lado del Pa-*

*dre Martín Sarmiento...*, con quien tiene nuestro Beneficiado cierto parecido por la voluntad, la modestia y hasta por la sangre. Nueve años hace que en el de 1905 publicó Rodríguez Moure en La Laguna una edición del famoso Poema de Viana, *Antigüedades de las Islas Afortunadas de la Gran Canaria, Conquista de Tenerife y Aparecimiento de la Imagen de Candelaria*, por Cervantes tan apreciado, que no pasó sin elogio para nuestro Menéndez y Pelayo (1), y al que en esta edición puso muy corto prólogo y biografía del autor nuestro Correspondiente, no tan completa ésta como él hubiera querido y nosotros celebraríamos, á haber hallado las noticias todas que buscara celosa su infatigable diligencia. Después, y en 1911, publicó los *Cuadros históricos de la admirable vida y costumbres de la Sierva de Dios Sor María de Jesús de León Delgado*, que vivió de 1648 á 1731, y cuyo capítulo primero, descriptivo de la Isla de Tenerife, en que pasé la mayor y mejor parte de mi juventud, trajo tal cúmulo de recuerdos á mi espíritu, que no sé si encontré en ellos goce ó melancolía, ó tal vez la mezcla extraña de ambas cosas, que no es para explicada fácilmente. Y al año inmediato de la relación fiel y sencilla de la vida sin accidentes de la pobre Monja tinerfeña, calificada apenas muerta de *pasmo de la penitencia y asombro de la contemplación*, ya publicó Rodríguez Moure su *Juicio crítico* del Arce-diano de Fuerteventura, D. José de Viera y Clavijo, el grande historiador de las Islas, y que él tituló con acierto, pues que de todo trata, *Viera y Clavijo y su época*, en cuyo recuerdo, si no os canso, voy á detenerme un poco más.

D. José de Viera y Clavijo es gran figura de las letras patrias y tuvo además con nuestra Academia las estrechas relaciones que todos en ella conocen: había publicado ya los dos tomos primeros de sus *Noticias para la Historia General de las Islas de Canaria*, cuando este Cuerpo ilustre, por ese trabajo excelente impresionado, lo eligió su Correspondiente el 11 de Febrero de 1774: asistió el 25 siguiente á la Junta ordinaria, en que leyó, como era costumbre, su *Oración Gratulatoria*, disertación contra los ex-

---

(1) *Historia de los heterodoxos españoles*, tomo 1, página 234. 1911.

tranjeros que escriben nuestra historia; pidió después permiso para usar del título en el tomo III de su obra, próximo á publicarse, y en efecto lo usó, lo mismo que en el IV y último de ella, publicado más tarde en 1783, y, por fin, desde el 7 de Marzo de 1777 fué ascendido á la clase de Supernumerario, á propuesta del Director de la Academia Conde de Campomanes, por la asistencia asidua y mérito notorio. El 12 de Septiembre de este mismo año 1783 se le encargó de la *Oración* que había de presentar el Cuerpo á S. M., con ocasión del nacimiento de los Infantes gemelos D. Carlos y D. Felipe, hijos del Príncipe de Asturias, y el Lunes 5 de Enero de 1784, en comisión académica, con el Duque de Almodóvar, D. Joaquín Juan de Flórez y don Gaspar Melchor de Jovellanos, fué recibido por Carlos III y la leyó en su presencia. Pero investido á poco del Arcedianato de Fuerteventura de la Catedral de Canaria, en Academia de 14 de Enero de 1785 se leyó carta suya, escrita en Las Palmas á 3 de Diciembre anterior, dando cuenta de su feliz arribo á aquella población y ofreciéndose en su nueva Dignidad á la Academia y á cada uno de sus individuos. Ya no volvió á salir de su país, por lo que nunca fué Académico de número, contra lo que han creído y escribieron muchos, y como sin duda lo hubiera sido en breve, dada su vasta ciencia, su mucha literatura, su grandísima reputación, su amor de la Historia y del trabajo, sus relevantes condiciones de todo linaje. Allí lo alcanzó la muerte largos años después, el 21 de Febrero de 1813, dejando en sus obras asegurada su buena memoria, que durará seguramente lo que dure la cultura, no ya canaria, sino peninsular y española: tal es el noble rastro que dejó de sí este preclarísimo varón, poeta, naturalista, orador, pedagogo, legislador, botánico, mineralogista, historiador sobre todo, llamado con acierto por su biógrafo el *Salustio canario*.

Tómalo Moure en la cuna, en el pintoresco pueblo del Realejo Alto, donde naciera en 1731; lo presenta estudiante en Filosofía y Teología, en las concurridas aulas del Convento de Santo Domingo de la Orotava; más tarde joven y virtuoso Presbítero, alma de la famosa «Tertulia Literaria», que llevaba en La Laguna

la dirección intelectual de la Isla de Tenerife; Ayo más tarde y preceptor de los hijos del Marqués de Santa Cruz, uno de los Grandes más esclarecidos de su época—como que llegó á ser Director de la Real Academia Española,—puesto por ello en relación estrecha con muchas de las primeras familias de la Corte y con varios de los primeros personajes de la Corte misma; lo acompaña luego en su viaje con el Marqués por los Estados de la Mancha y Andalucía, en la interesante visita de este gran Señor á sus pueblos y vasallos de una y otra región, y más tarde en el que hizo á Francia y Flandes con el Marqués del Viso, su alumno ya casado, y con el Duque y la Duquesa del Infantado suegros de él, y en París nos lo presenta amigo de Condorcet, de Marmontel, de La Harpe y Delille, y asistiendo á varias Juntas de aquellas Academias, y entre ellas á la celebérrima en que se abrazaron Franklin y Voltaire, en la que nuestro Viera hubo de quedarse sentado en el suelo y á los pies de d'Alembert; en 1779, ganando el premio de Elocuencia de la Academia Española por el elogio de Felipe V, y más tarde el otro premio por el elogio del Tostado; haciendo experimentos físicos ante la principal sociedad cortesana, que aún sentía vivamente el amor de las ciencias y de las letras, y no se había entregado en cuerpo y alma, como ahora, al cultivo único y absorbente de los deportes materiales; acompañando al propio Marqués de Santa Cruz, juntamente con el famoso Don Pedro de Silva, su hermano segundo, y visitando con ellos las Cortes y los Soberanos de media Europa, al Papa y al Emperador, á los Príncipes italianos y á los Electores Palatinos, cuando el primero, por la muerte de su hijo único el del Viso, emprendió á Austria el curioso viaje que le dió segunda mujer en la Condesa de Walstein-Wartenberg, con la que había de continuar felizmente la sucesión deseada de su gran familia, y en cuyo viaje hizo Viera el conocimiento personal de los primeros sujetos de su tiempo en todas partes, del P. Pignatelli y del Padre Beccaria en Turín; del Abate Lampillas en Génova, de los Cardenales de Bernis y de Zelada en Roma, del Abate Galliani y de Gaetano Filangieri en Nápoles, de Matastasio y de Newman en Viena, de D. Domingo de Iriarte, su paisano y mío, con otros

muchos cuya enumeración haría larguísimo este informe; por fin, solicitando y obteniendo la prebenda eclesiástica, que lo había de volver á la patria chica, y en cuyo goce había de morir años después.

Incansable en el trabajo y el estudio, no los abandonó hasta á la muerte, escribiendo siempre, predicando siempre, haciendo á todas horas versos y prosa, excelente la última; traduciendo continuamente prosa y versos, pronunciando la notable oración fúnebre de Carlos III, en las solemnes exequias que en Las Palmas celebrara, á la muerte llorada del excelente Soberano, la Real Sociedad de Amigos del País de la Gran-Canaria, que había conferido á Viera la suprema distinción de Socio Honorario, como antes la de Tenerife; y de todo esto, y del resto de su inmensa labor, hace Moure larga y detallada memoria, con la oportuna crítica y juicio discreto que le son propios, poniendo de relieve á esta personalidad ilustre, no como ciego apologista suyo, para quien no hubiera en todos sus actos y en sus escritos todos más que motivos de loor, sino como juez imparcial y concienzudo, que distingue y depura con acierto, señalando los errores donde los halla y las equivocaciones donde las ve. Acaso en muchas ocasiones sea más severo con él de lo que en realidad merezca, porque de todos modos, influido en gran manera, como es natural, por el ambiente de su tiempo, hijo del siglo xviii y tocado de sus defectos, Viera y Clavijo es sin disputa el mayor hombre de letras que produjeron antes y después las Islas Canarias, y la Historia escrita por él una de las mejores, ó la mejor acaso, de todas las historias provinciales con que cuenta España, por el amor de la verdad, por lo general y hondo de la cultura, por lo metódico del plan, aunque aún resulte en algunos puntos incompleta y deficiente, que la perfección absoluta no es de este mundo, y él pensó de seguro, como el gran cronista del siglo xvii, «que á nosotros nos toca enmendar las faltas de los pasados, como los venideros en su día enmendarán las nuestras». Él fué la mayor autoridad literaria de su época en todo el Archipiélago, en el que influyó poderosamente, durante su larga y provechosa vida, sobre el Clero, sobre los Cabildos, sobre la Nobleza, sobre todo

lo que representaba allí ciencias y letras, progresos y adelantos. Nadie, muerto ya ni vivo aún, ha ocupado en las Islas el lugar eminente de este verdadero polígrafo, el centenario de cuya muerte ellas conmemoraron debidamente, aunque la estatua proyectada está todavía desgraciadamente por hacer. A falta del recuerdo material, que Dios sabe lo que tardará en existir, dado que Viera no fué político, ni ministro, ni cosa que se le pareciera, sino un sacerdote modesto, servidor apasionado de las letras y soldado constante de la pluma, queda este *Juicio crítico* que le ha consagrado el Sr. Rodríguez Moure, digno en verdad del paisano insigne suyo y mío á quien lo dedicara. Yo espero que la Academia no habrá de negar á ese trabajo su alta aprobación, por lo que él es, y por la buena memoria del Académico supernumerario, tan estimado por ella, que se llamó D. José de Viera y Clavijo (1). Contribuyamos todos en cuanto podamos á que, no dejando que el tiempo las desfigure ni las borre, se enaltezcan como merecen estas figuras literarias y académicas, de que es el Arcediano de Fuerteventura perfecto ejemplo.

12 Junio 1914.

F. FERNÁNDEZ DE BÉTHENCOURT.

## VIII

### LA PATRIA DEL OBISPO DE MONDOÑEDO, FRAY ANTONIO DE GUEVARA

La controversia suscitada entre escritores montañeses y vascos acerca de la cuna del famoso D. Antonio de Guevara, Obis-

---

(1) En lo que ha sufrido notorio error el Sr. Moure es en suponer una sola la clase de Académico de número y la de Supernumerario, que es la que obtuvo Viera. De Correspondiente se pasaba á Supernumerario, y luego á plaza de número, que él hubiera sin duda obtenido á no haberse vuelto á Canarias. El primer hijo de las Islas que fué en esta de la Historia Académico de número, en 1790, fué D. Antonio Porlier, primer Marqués de Bajamar y no menos célebre canario, también Individuo de número de la Academia Española, y al que en ella tocó la silla K, que hoy me cabe á mí el honor de ocupar.